

# La autonomía abierta de la universidad

Sergio Zermeno

## I

No es muy compleja ni muy explícita la legislación que otorgó la autonomía a la Universidad en 1929 y que luego, en 1945, recibió algunas adecuaciones pertinentes:

La Universidad Nacional Autónoma de México es una corporación pública —organismo descentralizado del Estado— dotada de plena capacidad jurídica y que tiene por fines impartir educación superior para formar profesionistas, investigadores, profesores universitarios y técnicos útiles a la sociedad; organizar y realizar investigaciones principalmente acerca de las condiciones y problemas nacionales, y extender, con la mayor amplitud posible, los beneficios de la cultura.

Para ello podrá “organizarse como lo estime mejor... [así como] impartir sus enseñanzas y desarrollar sus investigaciones de acuerdo con el principio de libertad de cátedra y de investigación” (artículos 1° y 2° de la Ley Orgánica de la UNAM).

En esa medida, la autonomía habrá de convertirse mucho más en un ejercicio dinámico que en un decreto imperativo. Y es que decir autonomía universitaria es como hacer referencia a la posición de un navío que reacciona con calma o con sobresalto dependiendo de las mareas, los vientos y la proximidad de los litorales.

En efecto, en la historia de su autonomía, la Universidad ha tenido que bregar en primer lugar con el Estado, qué duda cabe, y en particular con el poderoso Estado surgido de la Revolución, pero también con los terribles

ventarrones que han querido convertirla en una barcaza al servicio del desarrollo económico, al servicio de los intereses de las grandes empresas privadas, en el extremo y, muy cercano a ello, en una veloz fragata deslizándose en la frontera de la Tercera Revolución Científico-Técnica, además, ha tenido que hacer frente a las corrientes que han querido ver en ella una institución al servicio del pueblo y, en el mismo impulso, al servicio de los líderes y agrupaciones que dicen representar al pueblo. Poder, economía, élite científico-técnica y sociedad han sacudido y jaloneado a la nave universitaria en estos setenta y cinco años, haciendo de la autonomía una referencia cambiante y polivalente. En este ensayo nos centraremos en la parte más reciente de ese periodo, aunque en el apartado que sigue haremos una breve reseña de las relaciones de la Universidad con su entorno en el amplio periodo que hoy conmemoramos.

## II

Si bien la universidad mexicana no es ni siquiera pionera en la batalla por la autonomía, lo cierto es que las razones que se encuentran detrás de este movimiento son mucho más explosivas que en el resto de América Latina:

la lucha por la autonomía universitaria en México —nos dice Manuel Rodríguez Lapuente (1975)—, aunque siguió aparentemente la línea de la Reforma de Córdoba, adquirió en el contexto social y político en que se produjo un sentido diametralmente opuesto... si en Argentina la

reforma universitaria secunda la evolución social del país y la política de los radicales en el gobierno,<sup>1</sup> en cambio, en México, la autonomía se enarbola frente al régimen surgido de la Revolución, que ha iniciado una política nacionalista y popular, mientras la universidad se esfuerza por mantener una ideología liberal que refleja los intereses de las clases sociales afectadas por las reformas revolucionarias.

Durante el cardenismo, como sabemos, estas tensiones alcanzarán un extremo que empujará al gobierno a la creación del Instituto Politécnico Nacional, tratando de contrarrestar el sólido posicionamiento contrarrevolucionario de las corrientes liberales acantonadas en la UNAM.

Los estudiantes católicos encabezados por Manuel Gómez Morín y Rudolfo Brito Fucher, haciendo uso de la fuerza (utilizando a los primeros grupos de choque), expulsaron de la Universidad a Vicente Lombardo Tolerano y a sus partidarios. El gobierno respondió con la terminación de su responsabilidad financiera hacia la institución entregando a la Universidad un último aporte de diez millones de pesos.

Para la Unión Nacional de Estudiantes Católicos tal decisión constituyó un triunfo total contra el Estado y las

<sup>1</sup> Todos los estudios de este episodio (el de Córdoba), coinciden en que el movimiento no hubiera alcanzado en modo alguno el éxito que obtuvo si no hubiera contado con el apoyo del gobierno del presidente Yrigoyen y de su partido, el Radical, empeñados en abrir a las clases medias la universidad, que hasta entonces había sido baluarte de la oligarquía tradicional y, sobre todo, de su ideología.

doctrinas socialistas, y a favor de la libre empresa educativa, que permitía, al que quisiera estudiar, el contar con una institución “neutral”, de “buenas costumbres” y “credos”, libre del fantasma social por supuesto, siempre y cuando el estudiante pudiera pagarla (Sánchez Gudiño, 2004).

Obviamente la posición de la Universidad va a cambiar con respecto a estos años y sobre todo después de la época cardenista. Se convertirá sin duda en la proveedora de los hombres de Estado, función que nunca había perdido, pero que ahora desempeñará de manera intensiva, una vez debilitada la primacía de los militares y los hombres fuertes de la Revolución y ante las exigencias de la industrialización a partir de mediados del siglo XX. “La mejor oportunidad de ingresar a la política y mantenerse en los niveles altos, a partir de los años cincuenta —escribe Roderic Ai camp, 1984—, era cursar estudios de nivel superior en la Universidad Nacional” (véase también Peter Smith, 1981).

### III

Sin embargo, después de algunos años de este acercamiento, coronado con la entrega de la nueva Ciudad Universitaria en los pedregales de San Ángel por parte del presidente Miguel Alemán, el escenario vuelve a tensarse como resultado, principalmente, de la radicalización que el triunfo de la Revolución Cubana infundió en la juventud de toda América Latina (Rivas Ontiveros, 2004). Así, el distanciamiento entre Universidad y Estado se redobra, pues a las posiciones liberales, que en



Escuela de Jurisprudencia



Escuela de Bellas Artes



Escuela de Odontología

su fachada exterior tendieron a preservar a la Universidad como un santuario de cultura al margen de la política, vendrán a agregarse las posiciones marxistas y socialistas de los años sesenta, coincidiendo ambas corrientes de manera casi perfecta, aunque con otros argumentos, en la ruptura tajante entre la Universidad y el Estado, y volviéndose aliadas en la defensa de la autonomía.

El régimen, particularmente el diazordacista, se siente atacado por la intelectualidad y por los grupos progresistas de la cultura con lo que se vuelven ásperas las relaciones al grado de que es destituido Arnaldo Orfila como director de la editorial sin duda más influyente en América Latina, el Fondo de Cultura Económica, y se desata una verdadera guerra contra el rector de la Universidad, el Dr. Ignacio Chávez, que termina con su destitución a manos de grupos porriles cuyo engranaje con el gobierno ha quedado perfectamente evidenciado (Sánchez Gudiño, 2004). Un dato paralelo abona en esta dirección: el presupuesto de los centros de educación superior no tuvo el mismo comportamiento durante el sexenio de Díaz Ordaz que en años anteriores; el incremento anual en el presupuesto por estudiante, tomando el año 1959 como referencia, fue el siguiente: 1961: 0.93; 1962: 1.84; 1963: 9.30; 1964: 9.15; 1965: 2.93; 1966: -3.52; 1967: -8.47 (Latapí, 1971); y a partir de 1968 las cosas empeorarían, pues “se siguió una política de restricción en los subsidios” (Barros Sierra, 1972). En

1969 el Gobierno federal cancelaría a la UNAM un déficit de cien millones de pesos acumulados durante el propio régimen de Díaz Ordaz.

El movimiento de 1968 y su desenlace dramático, así como la matanza del 10 de junio de 1971, van a profundizar la zanja entre ambos mundos, convirtiendo al tema de la autonomía, durante muchos años a partir de entonces, en un referente tabú, inamovible e intocable: “la única corriente clandestina en la Universidad es el PRI”, escribiría Gastón García Cantú hacia 1973. Junto a esto, el importante debate entre cooperación profesional y científico-técnica con el Estado muy rara vez se planteaba, y cuando esto sucedía se encontraba resuelto de antemano por el lado de la absoluta separación de los dos campos. Los programas conjuntos de investigación entre institutos de investigación y organismos del Estado casi no existían y cuando los había era preciso mantenerlos bajo un gran silencio.

Seis meses después de haber tomado posesión, el presidente Luis Echeverría inició una serie de reformas bastante importantes bajo el sugerente enunciado de “apertura democrática”. La represión salvaje a una fuerza social que trató de ver cumplidas sus demandas desde una posición exterior al sistema político imperante se convirtió, a la postre y paradójicamente, en el triunfo de las demandas de su amplio sector demócrata-reformista y en la única y costosísima vía por la que la Uni-

versidad habría de iniciar, una vez más, su penosa articulación con los aparatos del desarrollo, con el sistema político y con el Estado. Los presos estudiantiles fueron liberados hacia 1971 y, un poco más tarde, todos los presos políticos, destacadamente los líderes del movimiento ferrocarrilero de 1958-1959. Los artículos 145 y el 145 bis, votados en la Segunda Guerra Mundial y relativos a la disolución social por parte de agentes antinacionales (otra demanda del pliego petitorio del 68), fueron también derogados. Mientras el presidente se empeñaba en visitar todas las universidades del país, los presupuestos para la educación superior fueron incrementados notablemente y nuevos centros educativos se inauguraban —en 1971 el número de alumnos de primer ingreso en la UNAM se incrementó en un 100% y los aumentos de salario otorgados al profesorado se elevaron entre un 33% y un 58% (Carmona, 1972).

Se distribuyeron puestos y honores entre los representantes de medios intelectuales y políticos liberales, progresistas e incluso de izquierda que habían sido críticos acérrimos del régimen anterior (Labastida, 1972), pareció crearse un canal emergente paralelo al PRI y a todo el ritual priísta del ascenso político, y se vio transitar por él hacia los más altos puestos a un gran número de cuadros cuyos nombres pueden reconocerse al pie de los manifiestos estudiantiles de 1968.

De esta manera, el régimen echeverrista reblandeció el hermetismo universitario e incluso en varias ocasiones instó a los estudiantes a ligarse al campesinado, “a ir a trabajar al campo en donde están los verdaderos problemas” (aunque, hay que decirlo, nunca los llamó a ligarse a los obreros, en donde crecía como la espuma la efervescencia por un sindicalismo independiente). Varios organismos gubernamentales establecieron programas en los que fueron incorporados, con muy buenos salarios, profesores, investigadores, pasantes y gran cantidad de estudiantes (CONASUPO, Plan de Capacitación Campesina, Instituto Mexicano del Café, Recursos Hidráulicos... y se iniciaron investigaciones sobre las estructuras del poder y el caciquismo en varios estados de la República). A partir de entonces los institutos de investigación de la Universidad intensificaron los casi inexistentes proyectos conjuntos con el gobierno y, lo que es más importante, hacia la segunda mitad de los setenta las reacciones de rechazo hacia estas actividades se debilitaron paulatinamente; dejó de causar asombro que un profesor o un investigador pasara a “asesorar” un proyecto gubernamental y el término mismo pareció estar bien escogido (en sustitución del de consejero), para disipar el contenido negativo que en otro momento conllevaba una revelación semejante.

La renuncia de Pablo González Casanova a la rectoría de la UNAM en 1973 es comprensible en este ambiente de susceptibilidad y desconfianza y ejemplifica bien el

afloje de las amarras de la comunidad universitaria, del encierro autonómico. González Casanova fue nombrado rector en 1970 y procuró inmediatamente mejorar la situación financiera de la institución, los sueldos del personal académico y de los administradores. Las primeras reacciones de desconfianza entre el estudiantado se manifestaron desde que se le vio aparecer al lado de Luis Echeverría, algunos meses antes de que éste tomara posesión como presidente de la República. Esta labor no era sencilla con un pasado inmediato tan dramático, el recogimiento de la Universidad en sí misma y la imagen tan presente del rector Barros Sierra. Es una época en la que la desmoralización estudiantil, la “onda”, la mariguana y el porrismo alcanzan sus niveles más altos en la vida universitaria, justo cuando las guerrillas de origen estudiantil hicieran su aparición.

En ese ambiente muchos intereses políticos extrauniversitarios (ahí incluida el ala derecha del PRI) encontraron una buena plataforma para atacar las orientaciones bastante progresistas que González Casanova estaba procurando para la educación superior. El ataque fue también dirigido contra el régimen por considerar al rector la pieza de la *apertura democrática* en el plano de la política educativa. Al lado de esto, frente a la huelga de los trabajadores de la UNAM, cuyos objetivos eran la sindicalización y la firma de un contrato colectivo de trabajo, González Casanova se mostró reticente, advirtiendo sobre el peligro que para la autonomía universitaria podía implicar tal organización sindical si cayera eventualmente bajo las directrices de confederaciones laborales extrauni-



Escuela Nacional Preparatoria



Escuela de Ingenieros

versitarias y de sus prácticas antidemocráticas, en particular la referida a la “cláusula de exclusividad”.

El historiador Gastón García Cantú, al analizar las causas de la renuncia de González Casanova, hace una lista tan amplia de culpables que en realidad termina por mostrar el aislamiento enorme que rodeaba al rector:

En esa labor de demolición coadyuvaban los enloquecidos que se sobreviven a sí mismos en los comités de lucha, los ultraizquierdistas, verdaderos enfermos de la razón, los dirigentes del Partido Comunista... que pretenden hacerse de un sindicato de alcance nacional y dominar la Universidad, los ignorantes, algunos directores plegadizos y acobardados, los adversarios de la educación superior, los patrones nacionales y extranjeros coludidos para desmantelar toda institución crítica, los grupos más reaccionarios para los cuales todo lo que no esté sellado y lacrado por los empresarios de Monterrey es marxismo, y, también, los que ahora ven llegada la oportunidad de lanzarse sobre las escuelas y facultades para repartirse, ilusoriamente, los presupuestos administrativos (García Cantú, 1973).

Cuando Echeverría, hacia 1975, se dispuso a dialogar con los estudiantes en el recinto mismo de la UNAM, a pedradas lo echaron los estudiantes de su territorio en un gesto de abierta ruptura que en algunos aspectos, pero sólo en algunos, se asemeja a la conducta de quienes por desesperación tomaron el camino de las guerrillas.

Este capítulo de autonomía radical, de descomposición interna de la comunidad universitaria y de la rea-

decuación paralela de las relaciones entre la Universidad y el Estado lo va a cerrar, a partir de 1976, el lopezportillismo, con base en la reforma política animada por Jesús Reyes Heróles, llamando a todas las fuerzas políticas, y en particular al Partido Comunista, a su legalización y a su incorporación en el seno de la estructura institucional de la nación por la vía partidista parlamentaria y la competencia electoral.

#### IV

Los doce años del soberonismo y su inercia (el rectorado del Dr. Rivero Serrano) van a constituir la antítesis de la universidad autonomista que encabezó Barros Sierra, vuelta hacia sí misma, amalgamando a las autoridades y al territorio en el seno de la comunidad universitaria. Para recomponer el control sobre la UNAM, después de una etapa tan convulsionada como la del 68, el 71 y la Guerra Sucia, las autoridades trabajarían articuladamente con el gobierno, llegando al exceso de permitir la entrada de las fuerzas policiacas al campus con el objetivo de desmantelar la identidad interior, particularmente la acantonada en el sindicalismo de los trabajadores administrativos y académicos, impidiendo a toda costa la formación de un sindicato único de los universitarios. Para retomar dicho control fue necesario congelar la intensa vida pública, lo que en algunos aspectos recuerda las técnicas burocrático-autoritarias del Cono Sur latinoamericano: se hacen desaparecer las cafeterías, los horarios se compactan, las



Escuela Nacional Preparatoria

carreras más conflictivas de ciencias sociales son desplazadas hacia las dependencias periféricas y se dirige hacia ellas (devaluándolas así) a los alumnos que no encontraron lugar en su primera opción vocacional, se amenaza con despidos a dirigentes y a disidentes al aplicarse estrictamente los estatutos, etcétera.

Al lado de esto el soberonismo escoge como único aliado interior a los académicos de más altos rangos de las áreas científico-técnicas y médicas, secundados por el muy controlable profesorado a contrato, y desde ahí organiza una defensa científico-liberal para la reconquista de la Universidad, arrebatándosela a las corrientes radicalizadas post-sesentaiocheras, excesivamente orientadas a convertir a la educación superior en un arma al servicio del pueblo (bajo las directrices, naturalmente, de las “conciencias superiores exteriores a la masa”). La representación laboral de los académicos y la titularidad de su contrato colectivo es ganada en un referéndum por las corrientes institucionales hacia 1977 y eso hace bascular en su favor la correlación de fuerzas. A partir de entonces y hasta 1985, la nueva estructura liberal-tecnocrática se consolida dividiendo a la Universidad entre una élite bien articulada con el poder estatal y una masa más o menos apática y dispersa, mientras los dirigentes de esta última abandonaban el medio universitario en su tránsito hacia la vida partidista reconocida por la reforma política, enfrascándose en las alianzas electorales y en la lucha por las curules.

A partir de la recomposición soberonista y hasta el fin de siglo, por encima de las convulsiones que rese-

ñaremos, a las altas autoridades universitarias y en particular al rector en turno de la UNAM, se les verá más fotografiadas en los salones de Los Pinos y del Palacio Nacional que en la propia torre de rectoría. Mientras tanto, los importantes personajes de las administraciones universitarias salientes, encabezados por los flamantes ex rectores, pasarían a formar parte de los sucesivos gabinetes de la política u ocuparían puestos de subsecretarios, procuradores, etcétera.

## V

Hacia 1986, a tres años de haberse iniciado las políticas neoliberales, el escenario inclina la báscula en el sentido contrario. El rector Jorge Carpizo propuso a los universitarios, en el ya célebre documento “Fortaleza y debilidad de la UNAM” una serie de medidas que coadyuvara al mejoramiento de la educación universitaria, elevara su calidad y su eficiencia terminal y ayudara a paliar el déficit presupuestal al que ya se enfrentaba la institución en un momento de retraimiento del aparato estatal, pero que habría de crecer significativamente si lo que se pretendía era colocarla en las fronteras del avance científico-técnico. Un importante sector de la comunidad universitaria interpretó que se trataba ni más ni menos que del primer paso hacia la elitización de la enseñanza superior, y que si bien por el momento la elevación de las cuotas era mínima, en el mediano plazo el rompimiento del principio de gratuidad (o casi, pues



Escuela de Altos Estudios y oficinas centrales de la Universidad Nacional

sólo se pagaban veinte centavos anuales) daría paso a aumentos más significativos que dejarían sin oportunidad al grueso estudiantil de menores recursos.

En la medida en que no había una autoridad colegiada esencialmente académica que pudiera garantizar el que los aumentos no se volvieran reiterados y cada vez más elevados (pues el Consejo Universitario ha sido siempre una aplanadora de directores elegidos por una Junta de Gobierno a la que ellos mismos eligen), era mejor dejar las cosas como estaban y mantener la gratuidad. La huelga a que todo esto condujo fue levantada con dos promesas: que habría de llevarse a cabo un Congreso Universitario y que las cuotas no se moverían. Cuatro años después, en 1990, se llevó a cabo el mentado Congreso sin que sus resultados alteraran en nada los usos, costumbres y normatividades de la máxima casa de estudios. Así, el resultado fue un empate de fuerzas: no se alteraba el control institucional logrado por el soberonismo, pero el problema de las cuotas quedaba también congelado.

El último decenio del siglo pasado se desenvuelve sin grandes sobresaltos, excepto por un intento del rector José Sarukhán por imponer un aumento de cuotas (un intento más bien tibio e inmediatamente retirado), y luego, al inicio de 1999, como en una tarabilla del grupo científico que había monopolizado el gobierno universitario, un intento más del rector Francisco Barnés en el mismo sentido, lo que provocó una verdadera explosión, un enfrentamiento que pareció marcar una inflexión en el proyecto neoliberal y que condujo a nuestra Universidad a una huelga de casi un año y a un desprestigio que sería superado con grandes dificultades por la actual administración.

Al comenzar aquella huelga, el tono de las discusiones y la distribución del escenario parecieron una reedición de lo que había sucedido trece años antes con el

movimiento *ceuísta*, pero el desenlace del conflicto iba a poner ante los ojos de los universitarios un resultado sorprendente. Antes de explicar esto último y para su mejor comprensión, permítasenos reproducir las dos posturas en que básicamente se debatía la institución en los últimos diez años del milenio que terminó:

La primera, hegemónica en nuestras universidades y en nuestros espacios de producción científica y tecnológica, ha postulado que debe haber una racionalidad acorde con la era de la globalización, obligando a las instituciones del saber a guiarse por los ritmos mundiales impuestos por la llamada “tercera revolución científico-técnica”, lo que exige, a través de los planes transnacionales de homologación, producir ideas y aplicaciones técnicas competitivas en la vitrina mundial. Constituye, concomitantemente, una crítica furibunda a las universidades públicas e incluyentistas, es decir, abiertas a una demanda más amplia de jóvenes y, por lógica, con moderados presupuestos *per capita*. Esa racionalidad globalizadora considera que no tiene sentido, en un mundo de exigencias profesionales cada vez más elevadas, mantener a esas instituciones públicas incluyentistas al lado de universidades privadas destinadas a acaparar un mercado del empleo que se estrecha y cuyos estándares se vuelven cada vez más exigentes.

La Universidad incluyentista le contesta que, en el universo de la globalización, una universidad que hace depender su subsistencia de la lógica del mercado y de la competitividad está perdida de antemano en un país en desindustrialización, controlado por las grandes empresas en la lógica de la exportación; un país que lo principal que tiene para ofrecer son sus energéticos y sus recursos naturales en general (su sol, sus playas y sus mares), su mano de obra barata y sin calificación (primer renglón de divisas) colocada en el extranjero en forma de trabajadores migratorios o vendida en la frontera y las regiones de fácil acceso en la modalidad maquiladora (en realidad jovencitas sumisas, hábiles con la vista y las manos, ensamblando artículos que en el 97% vienen del extranjero y regresan allá, y que al doblar el siglo representaban el 40% de la mano de obra manufacturera de nuestro país). ¿Para qué tanto ligar a la Universidad con las empresas si las necesidades tecnológicas de las pocas que habrán de subsistir serán cada vez mejor cubiertas desde el extranjero: las ingenierías, por ejemplo, tendrán cada vez más dificultades para competir en materiales, telecomunicaciones y hasta en el campo civil, pues las patentes, los técnicos y los préstamos para llevar adelante la obra están preestablecidos por un reducido puñado de empresas capaces de ganar la licitación y en donde se prevé sin duda un reducido monto para la contratación de técnicos domésticos.

¿Qué decir de la química, las comunicaciones, la informática...?, ¿en dónde somos competitivos?, ¿qué pa-

tentes producimos?, y si las producimos ¿cuál es el sentido de esas patentes si se sabe de antemano que estarán destinadas, en caso de mostrar utilidad inminente, a ser compradas por las empresas trasnacionales (Hitachi, IBM, Kentucky, Green Giant...) e incluso, a ser congelada su utilización, si eso conviene a sus nuevos propietarios? ¿Para qué tanta excelencia entonces en estas fronteras del saber y de la técnica si no guardan ningún correlato con las necesidades sociales del entorno de nuestras universidades?<sup>2</sup>

## VI

En ésas estábamos cuando descubrimos que la situación había cambiado, que el navío de la Universidad y su autonomía no estaban siendo sacudidos solamente por los vientos de la globalización, que la discusión sobre la eficiencia, la excelencia y la equidad podría esperar un poco, porque en realidad lo que la huelga nos estaba mostrando era que una serie de pequeñas embarcaciones, repletas de personajes ajenos al medio académico, estaban abordando nuestro lujoso bergantín. Nadie previó que el escenario social alrededor de la UNAM había cambiado de manera tan extrema, pero el hecho es que el asunto puso al descubierto una realidad mucho más trágica: la exclusión.

Los reiterados intentos, a partir de mediados de los años ochenta, por imponer cuotas de recuperación en el sistema subsidiado por el Estado generaron una desconfianza creciente de los grupos con menores recursos económicos y abrieron una batalla por la apropiación de la Universidad pública que comenzó apelando a argumentos políticos e ideológicos, pero terminó siendo territorial, y ello se evidenció durante la lamentable huelga de 1999.

El asunto es que la UNAM, por razones presupuestales, se ha visto obligada a cerrar las puertas de la academia a un número cada año mayor de aspirantes, pero eso se le revierte, porque esos jóvenes, o unos parecidos, terminan forzando la entrada al campus y lo logran por derechos propios pero no ya para estudiar, sino para comerciar, para instalar changarros de lo que sea u ocupar cualquier espacio que les permita una posición fa-



Escuela de Medicina

vorable. Como al término de muchos movimientos huelguísticos en nuestra institución, pero ahora de manera francamente desbordada, los grupos que dirigieron las acciones terminaron apropiándose de espacios privilegiados del campus, aunque hasta ahora sólo como un adelanto de lo que podría venir.<sup>3</sup>

Así que lo que tendremos que resolver los universitarios en los tiempos que se avecinan es la compleja tarea de convencer a la sociedad y al gobierno de cumplir con su obligación de educar a la juventud; se trata, en resumen, de abrir las pesadas puertas de la academia al mayor número de jóvenes mexicanos para tener la legitimidad para cerrar las otras puertas, las del comercio informal en contubernio con el radicalismo porril en que devino el conflicto del 99. La marca de nuestra época son las oleadas de excluidos que en su resaca invaden todos los espacios públicos (camellones, banquetas, plazas...). La UNAM, a diferencia de las universidades privadas, no puede levantar un muro hacia la sociedad, ha sido siempre un territorio continuo con su exterior y con sus problemas. Su legitimidad y su fuerza para mantener el orden interno a favor de la academia radican en que siga cum-

<sup>2</sup> Tómese en cuenta, por ejemplo, la siguiente noticia aparecida en las publicaciones científicas mexicanas y en la primera plana de un importante medio de circulación nacional de nuestro país: "Los científicos mexicanos Humberto y Mauricio Terrones, premiados por la Academia Mexicana de las Ciencias 2000, y destacados por la revista *Time* en la lista de los cincuenta Líderes Latinoamericanos del Nuevo Milenio, lograron realizar conexiones moleculares de nanotubos (estructuras microscópicas tubulares en forma de Y, T y X, cien veces más delgadas que un cabello humano y cien veces más resistentes que el acero), que podrían ser empleadas en la producción de pantallas ultraplanas de bajo consumo de energía, microchips, chalecos antibalas, etcétera. Los hermanos Terrones son pretendidos por empresas trasnacionales dedicadas al desarrollo de productos electrónicos e informáticos, como Hitachi, IBM, Siemens" (*Reforma*, 12,09,02).

<sup>3</sup> El auditorio más importante de la UNAM se encuentra en poder de alguna de las innumerables corrientes en que se dividió el Consejo General de Huelga; las cafeterías de la Facultad de Ciencias y de otras dependencias se encuentran en la misma situación; se ha quitado el enrejado de algunos estacionamientos para evitar que sean convertidos en fiestódromos a partir de los viernes; los alrededores e incluso el interior de la Facultad de Filosofía y Letras y de otras facultades comienzan a emular, con un changarrerío inimaginado por el propio Fox, el panorama de las salidas del Metro; innumerables salones y cubículos están secuestrados por estudiantes y por personas ligadas a ellos de los movimientos urbano-populares y por sus asesores, que interrumpen eventos académicos gritando histéricamente que ellos son La Verdad y nadie más tiene el derecho de expresar sus ideas (para no mencionar la violencia porril y antiporril que se ha desatado en las sedes de la UNAM en otros puntos de la ciudad).

pliando su función recibiendo a más jóvenes (en éste o en otros campus, con ésta o con otras siglas, como la Universidad de California o la de París).

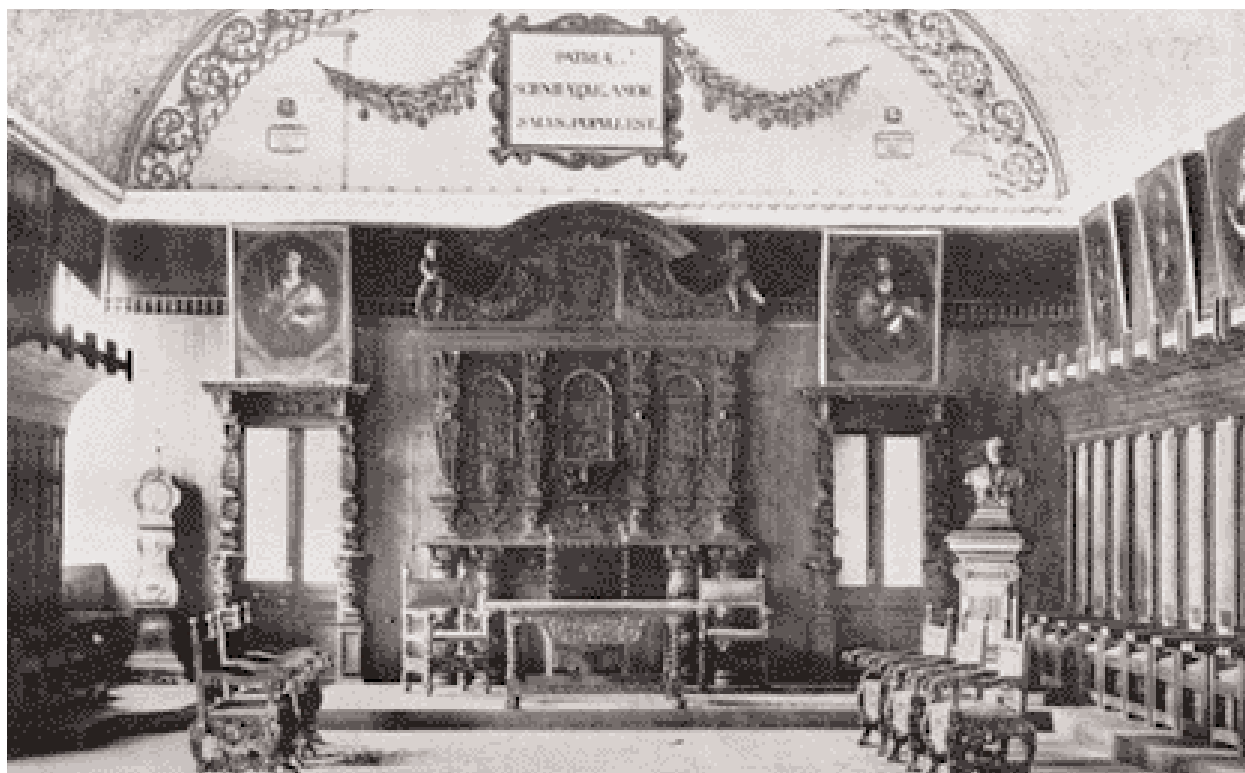
El rector De la Fuente, elegido en medio del conflicto a finales de 1999, centró su actividad en este punto y se colocó a una buena distancia del régimen foxista, incluso bajo una fuerte tensión en muchos momentos, defendiendo una idea muy clara de la autonomía y del financiamiento gubernamental y logrando con ello lo que parecía imposible en el año 2000, debido a la forma bastante ríspida como concluyó la huelga, con la entrada de la Policía Federal Preventiva a la Ciudad Universitaria y el arresto momentáneo de muchísimos dirigentes y activistas, logró que la UNAM remontara el tremendo desprestigio en que cayó en aquel momento. ¿Cuántos intereses no se mezclaron, cuántos oportunismos no afloraron para hacer aparecer a nuestra Universidad como una institución en decadencia, peligrosa, desordenada? Cuatro años después se había puesto en claro lo que nunca estuvo en duda: que la UNAM sigue teniendo las más altas calificaciones académicas en la inmensa mayoría de las áreas de las ciencias, las humanidades y la cultura. De la Fuente planteó un problema central: que la cobertura en la educación media y superior se ha estancado desde hace décadas y que eso se ha convertido en una palanca ominosa de exclusión social. Sin embargo hoy, en su quinto año, el rectorado sigue considerando un costo muy elevado la recuperación de los espacios invadidos del campus.



Biblioteca de la Universidad Nacional

Y es que la única manera legítima de fortalecer la autonomía tiene que ver con esto último y nos abre los ojos sobre el inmenso terreno al que cualquier universidad, pero la Universidad Nacional por encima de todas, debería estar ligada y que rebasa con mucho la estrecha visión de la empresa y el juego del mercado ya que tiene que ver con las necesidades de mejoramiento o de simple reconstrucción del entorno urbano, del medio ambiente, del ahorro de agua y su tratamiento, de la salud física y psicológica, del diseño y la organización territorial, local y regional, contra la inseguridad y la violencia, particularmente en un país en descomposición y desmantelamiento acelerados como es el nuestro a partir del brutal impacto globalizador: ¿cómo diseñar y hasta inventar técnicas y fórmulas para reconstruir el *habitat* de tres de cada cinco mexicanos en condiciones de destrucción y anomia humanas (tal como en los países de mayor desarrollo se está llevando a cabo, en donde no se escatiman esfuerzos ni presupuestos para reconciliar, por ejemplo, a trabajadores inmigrantes con grupos nacionales empobrecidos que comparten un mismo asentamiento territorial)? ¿Por qué en los países de la OCDE los gobiernos sí destinan recursos para enfrentar estas calamidades de la desigualdad y en los nuestros la ortodoxia neoliberal soslaya la temática?

En nuestra época, en consecuencia, la conservación y el fortalecimiento de la autonomía dependerán de algo exactamente inverso a lo que ha sido hasta ahora, es decir, en lugar de que tendamos a la defensa y al encierro, los universitarios deberemos demostrar nuestra fortaleza saliendo eficazmente del campus. La actividad de las ciencias sociales y de todas las disciplinas en estos países de globalización subordinada (con seis de cada diez de sus habitantes en desordenamiento y declinación), debe estar orientada en muy buena parte, aunque no exclusivamente, es cierto, a la producción de una conceptualización y una acción de la puerta de atrás, de los desechos, de la pedacería social, del replanteamiento del ideal de la modernización; una sociología para lograr que hombres y mujeres vivan mejor, sin extremadas sofisticaciones técnicas, sin movilizaciones con fines utópicos; una Universidad en contra de la exclusión, de la regresión, una batalla contra la desmodernidad, en donde las áreas del saber trabajen en la frontera trasera (en el patio de atrás), no predominantemente en la llamada frontera de las ciencias y de las técnicas, sino buscando las fórmulas defensivas para mitigar los efectos destructivos del saqueo mundializado y del sufrimiento; es un gran reto, porque estas instituciones no pueden por ello descuidar la investigación básica, el



Paraninfo de la Universidad Nacional

estudio de la astronomía, la filosofía, las matemáticas, las letras...<sup>4</sup>

Una paradoja crece ante nuestros ojos y se vuelve una obsesión: el desprecio de la opinión pública y de la gran mayoría de las disciplinas llamadas científicas hacia las disciplinas sociales. Se trata de ciencias “blandas”, se argumenta, que se encuentran muy lejos de alcanzar el nivel de complejidad y precisión de la física, la medicina, las

<sup>4</sup> En muchos terrenos, sin embargo, contamos con importantes avances, aunque su visibilidad se encuentre muy por debajo de su importancia estratégica: hay preocupación por la investigación de organismos genéticamente modificados y la legislación que a ese respecto debe desarrollar un país como el nuestro (enfrentar la contaminación del maíz criollo mexicano con material transgénico que se ha diseminado sin control alguno y en beneficio de los grandes monopolios alimentarios transnacionales poseedores de variedades patentadas cuya simiente sólo ellas controlan para cada ciclo agrícola); tenemos importantes avances en la búsqueda de diversos microorganismos que de manera natural o inducida son capaces de degradar una gama de compuestos contaminantes como grasas, detergentes, plásticos, plaguicidas, petróleo crudo o sus derivados, entre otros, con la intención de incluirlos en nuevas tecnologías de tratamiento de aguas y suelos; la acuicultura o cultivo de las aguas para fines alimentarios (peces, crustáceos, flora acuática y sus insumos), y lo que nos devela la ingeniería genética en este campo; el combate contra nuevas enfermedades, particularmente en nuestros países (fiebre hemorrágica-ébola, mal pulmonar, etcétera), y contra enfermedades reemergentes que habían sido supuestamente controladas como la tuberculosis, el cólera, la peste en la India y el Perú, el dengue clásico y hemorrágico, la difteria y la poliomielitis; el desarrollo de campos en la biotecnología y la ingeniería genética que permitan sintetizar un mayor número de proteínas de interés terapéutico y clínico a bajo costo para atacar los principales problemas nacionales de salud, tales como el infarto al miocardio, las embolias, el cáncer, la artritis reumatoide y la diabetes entre otras (a sabiendas de que todo esto requiere mantener el cuidado y canalizar recursos hacia los terrenos de la investigación básica, buscando mecanismos para combatir la piratería, antes referida, sobre nuestros mejores científicos).

matemáticas, etcétera. Sin embargo, si algún reto ha tenido la humanidad desde siempre ha sido la dificultad para acercarse a la meta de una mejor justicia social, a la igualdad de recursos, capacidades, oportunidades, a la disminución de la violencia; por el contrario, en los últimos dos decenios la impresión es que estamos recorriendo el camino en el sentido contrario. La búsqueda de un buen orden social y político es un asunto de una complejidad enorme ante el que, sin duda, nos encontramos en pañales; pero el deplorable estado del objeto de estudio, que es al mismo tiempo nuestro espacio de vida, no debiera conducir a descalificar a sus analistas y a las propuestas y ensayos en el terreno de la acción, sino más bien a reconocer el grado de dificultad de esta tarea y a orientar más recursos para enfrentarla. Hoy se disparan los índices de desempleo, violencia y delincuencia, y al mismo tiempo caen en la marginalidad y el olvido presupuestal las escuelas de sociología, de antropología, de agronomía... ¿Cómo guiarse frente a paradojas de esta magnitud?

En resumen, la fuerza de la autonomía en la época en que nos encontramos y en la que se avecina, va a estar basada en la ruptura de las fronteras de la Universidad con su entorno, y esa ruptura se va a dar en el doble sentido: hacia afuera y hacia adentro. Para que la Universidad no sea invadida, para que tenga la fuerza para mantener su legitimidad, tendrá que abandonar con más decisión que nunca su espacio interior, nadie que venga de afuera deberá acusarla por su encierro y elitismo; por el contrario, su accionar eficaz reconstruyendo su entorno le ganará el respeto del Estado, de los intereses privados, de los particularismos científicos y de las ame-

En resumen, la fuerza de la autonomía en la época en que nos encontramos y en la que se avecina, va a estar basada en la ruptura de las fronteras de la Universidad con su entorno, y esa ruptura se va a dar en el doble sentido: hacia afuera y hacia adentro.

nazas del mundo de la exclusión, la marginalidad y la violencia. Todos éstos son los nuevos ámbitos de la autonomía abierta de la Universidad y sobre ellos tendrá que desbordarse el quehacer universitario.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Ai camp, Roderic, *Los líderes políticos de México: su educación y su reclutamiento*, FCE, México, 1984.

Barros Sierra, Javier, *Conversaciones con Gastón García Cantú*, Siglo XXI, México, 1972.

Carmona, Fernando, "El capitalismo del subdesarrollo y la 'apertura democrática'", en *Reforma Educativa*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972.

García Cantú, Gastón, *Universidad y antiuniversidad*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1973.

Labastida, Julio, "El régimen de Echeverría; perspectivas de cambio en la estrategia de desarrollo y en la estructura de poder", en *Revista Mexicana de Sociología*, núms. 3-4, 1972.

Latapí, Pablo, "Las necesidades del sistema educativo

nacional", *Disyuntivas Sociales. Presente y futuro de la sociedad mexicana*, México, SEP-Setentas, 1971.

Rivas Ontiveros, José René, *El proceso de politización y formación de liderazgos estudiantiles de izquierda en la UNAM (1958-1972)*, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2004.

Rodríguez Lapuente, Manuel, "La Universidad y el Estado", *Deslinde*, núm. 63, Cuadernos de Cultura Política Universitaria, UNAM, 1975.

Sánchez Gudiño, Hugo, *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)*, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2004.

Smith, Peter, *Los laberintos del poder, el reclutamiento de las élites políticas en México 1900-1971*, El Colegio de México, México, 1981. 

---

La *Revista de la Universidad de México* agradece el apoyo y la autorización para la reproducción de las fotografías que ilustran estos artículos al Archivo Histórico del Centro de Estudios sobre la Universidad y al Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.



Escuela Nacional Preparatoria



Escuela de Jurisprudencia